

CAPÍTULO II.

SEGUNDO PERÍODO DE LA REVOLUCION.

MORELOS.

Estado de la insurreccion despues de la muerte de Hidalgo y de Allende.—La Junta de Zitácuaro y su programa.—El cura Morelos.—Asalto de Zitácuaro.—Sitio de Amilpas.—Victorias de Morelos.—Sitio de Acapulco.—Rasgo sublime de Nicolás Bravo.—Batalla de Palmar.—Primer Congreso mejicano.—Derrotas de Morelos.—Cae prisionero Morelos y es fusilado en Méjico.

I.

La muerte de Hidalgo y de Allende irritó, en vez de intimidar, á sus partidarios; la causa de la Independencia volvió á renacer con nuevos bríos, bajo el enérgico impulso de Morelos, y se extendió, como el incendio avivado por un violento huracan, á gran número de provincias, presentándose en todas partes jefes valerosos que reconocian la supremacía del cura generalísimo. Pero inmediatamente despues del fusilamiento de los primeros jefes y ántes de que Morelos se presentara en escena, hubo un corto período de confusion y desconcierto.

La victoria ganada por Calleja en el puente de Calderon, la retirada de Allende é Hidalgo hácia los Estados-Unidos, y su prision y muerte, dejó todos los elementos revolucionarios sin cabeza, sin centro alguno de operaciones, sin un poder que pudiera ordenar y dirigir sus movimientos. De aquí resultó que la guerra continuó haciéndose en todas partes sin plan alguno, sin ningun acuerdo entre los jefes, y áun puede decirse que sin ningun objeto. Las tropas reales, poco numerosas para hacer frente y perseguir en todas partes á las bandas de insurrectos que se multiplicaban como por encanto, tampoco podian seguir un plan regular de operaciones por lo mismo que el enemigo no lo tenia. A medida que la revolucion se hacia más extensa y general, la guerra vino á ser más cruel y sangrienta por una y otra parte: los insurgentes daban muerte á todos los españoles que podian haber á las manos; por su parte los comandantes de las tropas reales lo

hacian igualmente con todos los jefes ó cabecillas, como se los llamaba, con muchos de los prisioneros, ó con los que en los pueblos eran afectos á aquellos ó se entendia que les prestaban auxilios.

Para seguir con orden el curso de los acontecimientos que abraza el segundo período de la guerra, conviene que examinemos el estado de cada una de las provincias ántes de la aparicion del cura Morelos. Sonora y Sinaloa, litorales del mar del Sur y golfo de California, quedaron en completa tranquilidad; las provincias intermedias entre ambos mares permanecieron tambien tranquilas; Tejas y Coahuila se conservaron en sosiego hasta que un nuevo impulso, nacido en los Estados-Unidos, vino otra vez á turbarlas. En el Saltillo quedaba el licenciado Rayon con las fuerzas que le dejó Allende, que ascendian á tres mil quinientos hombres, con veintidos cañones de todos calibres; y éste, que podia considerarse como el principal ejército de los independientes en aquella época, tanto por su fuerza como por estar á su cabeza el jefe que habia sido nombrado por Allende é Hidalgo para sucederles, aumentó sus fuerzas con el contingente que despues le llevó Iriarte.

En Zacatecas, que continuaba en poder del Gobierno, habia quedado una fuerte guarnicion, y en la provincia no habia por entónces partidas que pudiesen dar cuidado; pero en la de Guanajuato, apenas salió de ella el ejército real para Guadalajara, se comenzaron á levantar guerrillas con jefes oscuros y desconocidos. Propagada la insurreccion por las riberas del rio de Tampico hasta la costa, se hallada en movimiento toda la Serranía de la Huasteca, que comprende parte de las provincias de Veracruz y Méjico, dándose la mano con las partidas que ocupaban la Sierra Gorda, y con las que se habian levantado en los llanos de Apan al Norte de la capital. En Mechoacan, el Gobierno no poseia más que su capital, la ciudad de Valladolid, pues toda la provincia se habia mantenido en insurreccion, y despues de la batalla del puente de Calderon habian vuelto á ella varios de los jefes que estaban dispersos.

Un año habia trascurrido desde que la revolucion comenzó, y parece increíble que

en tan corto periodo hubiese cundido tan rápidamente, asolando las provincias más ricas de Nueva España. En este breve espacio de tiempo habian desaparecido de la escena todos los que dieron el primer impulso al movimiento, muertos los unos á manos de sus mismos compañeros, pocos en los campos de batalla, casi todos en los cadalsos. En los seis primeros meses despues de la muerte de Allende é Hidalgo, la guerra se redujo á una multitud de pequeñas escaramuzas, en las que los independientes solian llevar la peor parte, pero cuyas derrotas no aprovechaban gran cosa á la causa real. Entre tanto el país continuaba infestado de guerrillas que interceptaban las comunicaciones, sorprendian los convoyes, talaban y saqueaban las haciendas, y tenian en continuo movimiento á las tropas del virey. Las principales ciudades seguian reconociendo la autoridad de éste; pero el ejército de Calleja no recibia ningun refuerzo, y aunque no pasaba día sin que los independientes y los realistas vinieran á las manos, no se divisaba el término de aquella sangrienta lucha.

II.

Rayon fué el primero que comprendió la necesidad de reunirse todos los jefes independientes, que una coalicion era el único medio para competir con las fuerzas reales, y que era indispensable regularizar la insurreccion constituyendo un gobierno, ó Junta, ó centro directivo. Bajo la influencia de esta idea política se creó la primera Junta nacional, compuesta de cinco miembros, nombrados por los propietarios de los distritos y los mayores contribuyentes de las ciudades. La Junta se estableció en Zitácuaro, en aquella parte de la provincia de Valladolid donde los insurgentes contaban mayor número de partidarios que en las demás provincias de Méjico.

El programa de esta Junta, que sirvió de base á la famosa declaracion de Iguala, adoptada por Itúrbide diez años más tarde, expresaba el reconocimiento de Fernando VII como soberano de Méjico. Extraño parece que se quisiera llegar á la independencia por este camino; pero hay que tener en cuenta la posicion escepcional de los primeros revo-

lucionarios, que no les permita ser esplicitos y francos. Loables son ciertamente la sinceridad y la franqueza, así en la vida pública como en las relaciones privadas; pero tales cualidades perjudican más bien que favorecen, cuando se quiere transformar el estado político y social de un pueblo habituado á ciertas instituciones, y que ha permanecido largo tiempo en la ignorancia. La inercia de las masas y su falta de ilustracion, es siempre el gran obstáculo que se opone á los proyectos de todos los reformadores: el entendimiento de la muchedumbre se ofusca ante el esplendor de las grandes verdades, por cuya razon las minorías inteligentes se ven obligadas á iniciar toda reforma provechosa y toda solucion salvadora, ocultando el objeto final á que se dirijen. Quien ha vivido siempre entre las tinieblas de la ignorancia y bajo el yugo de un despotismo brutal, sólo gradualmente puede acostumbrarse á la libertad y al goce de los derechos políticos.

No se adelantó mucho, sin embargo, en el designio principal de Rayon con el establecimiento de la Junta. Aunque los adictos á la revolucion en la capital, que se formaban de ella unas ideas teóricas muy contrarias á la realidad de los hechos, se lisonjearon con que habia ya un Gobierno nacional que seria universalmente reconocido, los que andaban con las armas en la mano estuvieron léjos de prestarle este reconocimiento. Algunos, como los Villagranes, no sólo obedecieron á la Junta, sino que se pusieron en hostilidad contra ella; otros, como Albino García, para quien «no habia más junta que la de dos rios, ni más alteza que la de un cerro,» se mantuvieron independientes; lo mismo hicieron otros muchos, y aún los mismos individuos de la Junta acabaron por chocar y hacerse la guerra entre sí. En cuanto á Morelos, para ganarlo, la Junta se lo asoció nombrándolo cuarto individuo de ella; y como se manifestaba descontento de la superchería de seguir gobernando en nombre del rey Fernando VII, cuando las miras que se tenían eran las de la independencia, Rayon y sus compañeros se disculparon diciendo, que habian adoptado tal política como una necesidad del momento y como un sacrificio á las preocupaciones populares.

Por lo demás, el manifiesto que la Junta dirigió al virey en Marzo de 1812, redactado de una manera templada, denota un conocimiento exacto de las circunstancias. Empieza por una pintura verdadera de las calamidades del país y de los horrores de la guerra civil; protesta con energía contra la bárbara costumbre de fusilar á los prisioneros; manifiesta el espíritu de los soldados criollos, que tarde ó temprano abandonarían la causa de los españoles para unirse á sus compatriotas; intenta probar la ineficacia de las medidas de rigor adoptadas contra los independientes, por los progresos siempre crecientes de la revolucion, y termina formulando proposiciones de arreglo. Estableciendo en principio la igualdad de derechos entre el español americano y el español de Europa, deduce por consecuencia que Méjico debe tener sus Córtes como España, durante la cautividad del monarca; pide que los europeos dimitan sus empleos y consientan en la reunion inmediata del Congreso; promete que continuarán pagándose los antiguos sueldos, que las personas y las propiedades serán respetadas, que los españoles disfrutaran los mismos privilegios que los indígenas; y se compromete finalmente á reconocer á Fernando como rey de Méjico, á condicion de que resida en él, y ofrece ayudar á la Península en su lucha con los franceses y asistirle con sus tesoros.

Estas proposiciones, que merecian al ménos ser discutidas, fueron acojidas por el virey Venegas con el mayor desprecio. Mandó quemar públicamente el manifiesto de la Junta por mano del verdugo; pero esta venganza pueril, hizo que se manifestaran las simpatías de los criollos, escitados por los triunfos de Morelos, cuya vida militar es uno de los episodios más interesantes de la revolucion mejicana.

III.

Don José María Morelos, cura de Nucupétaro y de Carácuaro, nació en la ciudad de Valladolid de Mechoacan, á la que por esta circunstancia, también se dió despues el nombre de Morelia. Fué su padre un pobre carpintero, y su madre era hija de un maestro de

escuela de la misma ciudad, y por ambos orígenes procedía de una de las castas mezcladas de indio y negro. En la primera y mayor parte de su edad ejerció el oficio de vaquero, y á los treinta y dos años emprendió la carrera eclesiástica, no haciendo sino los estudios más precisos para poderse ordenar, estudiando filosofía de día y moral de noche en el colegio de San Nicolás de Valladolid, bajo la direccion del cura Hidalgo, que era entónces rector de aquel establecimiento.

Estaba en su parroquia, cuando supo que su antiguo maestro se dirigia de Valladolid á Méjico, en Octubre de 1810. Fué á buscarle, conferenció con el, y el resultado de esta entrevista fué que Hidalgo le nombrara su lugarteniente, comisionándole para que propagara la insurreccion en las comarcas del Sur. Partió Morelos de Valladolid, llevando por toda escolta algunos criados armados con fusiles y lanzas. El primer refuerzo que le llegó fué una banda de esclavos negros que se habian escapado de Petatan y de algunas otras ciudades inmediatas, deseosos de conquistar su libertad en los campos de batalla; y despues se le fueron agregando gran número de jóvenes indios, inhábiles para el ejercicio de las armas, pero robustos y llenos de ardor.

Cuando tuvo á sus órdenes un millar de hombres, intentó dar un golpe de mano sorprendiendo el campo realista. Tal empresa era temeraria con soldados tan bisonos y tan mal armados; pero la noche y la fortuna le sirvieron, y el éxito fué completo. Los realistas huyeron, dejando entre sus manos ochocientos fusiles, cinco cañones, mucho oro y dinero, y setecientos prisioneros. Trató á éstos con gran humanidad, lo cual por desgracia no volvió á reproducirse; pero que por de pronto, valió á Morelos más partidarios que su victoria. Maravillosa fué desde este momento la rapidez de sus triunfos. De todos los puntos de Méjico le llegaron hombres de corazon y de talento, entre los cuales deben citarse Galiana, el cura Matamoros y toda la familia Bravo, compuesta del padre y dos hijos: uno de estos, llamado D. Nicolás, tuvo la suerte de presenciar el triunfo de su causa y de ocupar la primera magistratura de su país.

IV.

El año 1811 se pasó en pequeños combates y escaramuzas, cuya narracion sólo podria interesar á los mejicanos, y en los que solia llevar Morelos la mejor parte. La insurreccion se estendia á lo léjos, presentándose á las mismas puertas de la capital, puesto que la vanguardia de Morelos se adelantó hasta San Agustin de las Cuevas, situado á tres leguas de Méjico. Entónces fué cuando Calleja, dejando las provincias del Norte, vino á defender la capital, y obligó á los insurgentes á retirarse á la ciudad de Amilpas, que fortificaron apresuradamente. Algunos días ántes, el general español habia espulsado la Junta de Zitácuaro. No le detuvieron ni las dificultades de un terreno montuoso, ni la fatiga de sus tropas, que habian atravesado largas distancias á marchas forzadas. Zitácuaro fué tomada por asalto el 2 de Enero de 1812, y tratada con una barbárie de que la guerra civil no habia ofrecido todavía tan deplorable ejemplo: las casas fueron quemadas, las murallas derruidas, los habitantes diezmados; solo se salvaron de la ruina general las iglesias y los conventos.

Despues de esta sangrienta expedicion, Calleja marchó sobre la capital, donde inspiró tanto temor como los insurrectos; pero salió de ella inmediatamente, con grande satisfaccion del virey, para atacar la pequeña ciudad de Cuantla Amilpas. Pero no se trataba ya de Zitácuaro: en Amilpas estaba lo mejor de los insurgentes; allí se habian reunido jóvenes oficiales patriotas, que empezaban á darse á conocer. Los ataques de Calleja fueron rechazados: en uno de los asaltos que dieron las tropas reales, Galiana hizo prodigios de valor y salvó la vida á Morelos, que se espuso como el último de los soldados; Don José María Fernandez, llamado despues el general Victoria, demostró ser uno de los jefes más brillantes y más bravos del ejército. Intentó Calleja un asalto general, y fué rechazado con pérdida de quinientos hombres. Viendo Galiana, que mandaba la plaza, á un coronel enemigo á poca distancia de los suyos, salió solo y le desafió á singular combate: este duelo, que recuerda las costumbres caballerescas de la Edad media,

se verificó en presencia de los dos ejércitos; el español quedó muerto, y el triunfo de Galiana redobló la energía de los sitiados.

Desalentado Calleja por lo infructuoso de sus tentativas, resolvió poner un sitio formal á la plaza. Pidió artillería y municiones á Méjico. El general realista Llano vino á aumentar sus fuerzas abandonando el sitio de Izúcar, defendido con éxito por Guerrero. Este jefe habia empezado gloriosamente su larga y peligrosa carrera: tenia ya más de cincuenta heridas, recibidas por la causa de la independencia, y salvó su vida casi por milagro en el sitio de Izúcar. Estaba durmiendo, abrumado de fatiga, cuando una bomba cayó sobre la casa, atravesó el techo penetrando en el cuarto que ocupaba, y rodó hasta debajo de su mismo lecho donde estalló. Todos los que se encontraban en el aposento quedaron heridos, escepto Guerrero.

El sitio de Amilpas es célebre en la historia de la guerra de la Independencia por la vigorosa defensa de los insurgentes. No ignoraba Morelos que todos sus esfuerzos serian inútiles para salvar la plaza; pero sabia que Méjico entero tenia fijas allí sus miradas, y quiso crearse admiradores y nuevos partidarios, poniendo de manifiesto la heróica bravura, la firmeza de alma y la adhesion sin límites de los patriotas que mandaba. Procuró tambien prolongar el sitio hasta el principio de la estacion lluviosa, tan insalubre en la *Tierra caliente* donde Cuantla está situada. Calleja por su parte, sabiendo que se encontraba bajo la influencia de un clima mortífero, se apresuró á tomar la plaza á toda costa; y desgraciadamente para los mejicanos, encontró un aliado poderoso en la misma ciudad.

Como no hubo tiempo de aprovisionar la plaza ántes del sitio, segun las reglas ordinarias de la guerra, el hambre hacia horribles estragos, y la falta de agua se dejaba sentir de una manera no ménos cruel. Un gato costaba seis duros, y dos una rata: por todo alimento tenia la guarnicion una pequeña racion de maiz. Cuéntase que acertando á pasar un buey entre los dos campos, con el anhelo de apoderarse de él trabaron una escaramuza los sitiados y los sitiadores: ya los primeros lo tenian en su poder, cuando la vanguardia española quiso recuperarlo, y todas las

divisiones fueron entrando sucesivamente en línea, tomando parte en la pelea, que llegó á convertirse en batalla general encarnizada.

Agravándose cada dia esta situacion precaria, fallaron los cálculos de Morelos: las enfermedades disminuian rápidamente sus fuerzas; para salvar el resto y no comprometer la causa de la independencia, resolvió evacuar la ciudad, y la abandonó en efecto en la noche del 2 de Mayo. Con tal sigilo se verificó la retirada, que sus columnas pasaron bajo las baterías del enemigo sin que éste sospechara su marcha. Los independientes llegaron á Izúcar, no habiendo perdido más que diez y siete hombres, en cuyo número se encontraba desgraciadamente el comandante de la vanguardia don Leonardo Bravo, que cayó en manos de los realistas. Esta pérdida fué vivamente sentida, porque Bravo era uno de los patriotas más enérgicos y más sinceramente adictos á la causa de la independencia.

Calleja no se atrevió á penetrar en la ciudad hasta muchas horas despues de la partida de Morelos, temiendo una sorpresa ó una emboscada. Una vez dentro, se vengó de la resistencia que habia encontrado castigando á los habitantes cruelmente. Diez años más tarde, los oficiales testigos de aquellos sucesos, áun hablaban con horror de sus actos de barbárie. Calleja se apresuró á volver á la capital, donde creia encontrar una acogida brillante; pero la recepcion que se le hizo, prueba que no se creyeron sus fanfarronadas ni sus pretendidas victorias. Era evidente para todo el mundo que habia sufrido pérdidas inmensas; que sólo habia conseguido estériles ventajas; que habia hecho odiosa la causa de España con sus crueldades, y que la insurreccion quedaba en toda su fuerza.

V.

Y con efecto, en pocos dias se desarrolló en mayor escala. Morelos, cuya influencia continuaba creciendo, tomó la ofensiva en casi todos los puntos; derrotó el ejército de Fuentes enviado en su persecucion; se apoderó de las ciudades de Chilapa, Tehuacan, Orizaba, Oajaca, Acapulco, Veracruz y Puebla de los Angeles. Numerosas guerrillas, bajo las órdenes de Guadalupe Victoria, re-

corrian el país entre Veracruz y Jalapa, ocupando todas las posiciones fuertes de esta parte de Méjico. Teran con su division inquietaba la intendencia de Puebla; Osorno llevaba el espanto hasta los arrabales de Méjico; en tanto que Rayon y otros jefes paseaban triunfantes la bandera de la Independencia en las intendencias de Guanajuato, de Valladolid, de Zacatecas y de Guadalajara.

Este periodo de la revolucion es para los mejicanos de funesta memoria, por los asesinatos, atropellos y saqueos que durante él se cometieron. Las ciudades tomadas y recuperadas sufrían las consecuencias de un doble movimiento de reaccion. Las transacciones comerciales eran nulas, porque nadie se atrevia á pasar los géneros entre partidas armadas, sin disciplina y sin piedad. Las minas habian quedado desiertas, y las aguas cubrian libremente los filones metálicos, porque los trabajadores las habian dejado, unos por defender la causa de la patria, otros porque no se les pagaba. Las tierras quedaron incultas en una gran parte del país; escaseaba el trigo, y el poco que habia se vendió á precio muy caro; las enfermedades, más numerosas que ántes, se hicieron más intensas y malignas en las Tierras calientes, é invadieron las llanuras altas, donde no se habian conocido anteriormente.

Despues del sitio de Cuantla Amilpas, todos los poderes civiles y militares se concentraron en la persona del general en jefe; pero Morelos se proponia declinar esta pesada carga en manos de un Congreso nacional. Jamás se consideró con otro carácter que con el de delegado de esta Asamblea soberana. Tal abdicacion sin embargo era impropia de un hombre de Estado. La dictadura de Morelos constituia toda la fuerza de su partido. En las difíciles circunstancias en que la anarquía de las opiniones y la falta de cohesion colocaban á los insurgentes de todas las provincias, una reunion de demagogos, celosos de toda autoridad, infatuados con teorías filosóficas ó con viejas preocupaciones, debia agravar el mal en vez de destruirlo. Morelos aspiraba sólo al honor de constituir un Gobierno popular; y para proporcionarle un asilo seguro, se apresuró á someter las ciudades más importantes de la intendencia de Valladolid.

VI.

El sitio de Acapulco, empezado el 15 de Febrero de 1813, le detuvo hasta el 20 de Agosto, en que la bandera mejicana reemplazó sobre el castillo de San Diego al pabellon español. El general se trasladó en seguida á Oajaca, donde ya todo estaba dispuesto para la instalacion del Congreso, que se compuso al principio de los miembros de la Junta de Zitácuaro y de los diputados elegidos por las provincias que ocupaban los insurgentes. Esta primera Asamblea mejicana inauguró sus sesiones el 13 de Setiembre de 1813 en la ciudad de Chilpanzingo. El más notable de sus actos fué sin disputa la declaracion de la independencia de Méjico, que publicó el 13 de Noviembre de 1813. ¿Quién podrá calcular el efecto que hubiera causado esta declaracion en el país, si la fortuna hubiese continuado favoreciendo á Morelos? Pero cesó de vencer ántes que el acta de independencia fuese generalmente conocida. La estrella del Congreso mejicano se eclipsó casi al mismo tiempo que la del generalísimo Morelo.

VII.

Los años 1812 y 1813 se señalaron por las victorias de Bravo y de Matamoros en Palmar, y por la notable defensa de la montaña de Coscomatepec. En la primera de estas jornadas, que duró tres días, fué aniquilado el regimiento español de Veracruz, y tomada á viva fuerza la aldea en que se habia atrincherado. Morelos puso trescientos prisioneros realistas á disposicion de Bravo, que los ofreció al virey Venegas en rescate de su padre D. Leonardo, que habia caido prisionero y estaba condenado á muerte. El rescate fué rehusado y ejecutada la sentencia. Ante el fusilamiento de un padre cuyo hijo tenia en sus manos la vida de trescientos prisioneros, era de esperar una sangrienta hecatombe. En nuestra última guerra civil, Cabrera vengó la muerte de su anciana madre fusilando en Valderroble varias personas, entre las cuales habia dos inocentes mujeres.

De otra manera comprendió Nicolás Bravo

las leyes de la guerra que autorizan las represalias. Al recibir la noticia de la muerte de su padre, dió la órden de pasar por las armas á sus trescientos prisioneros; ya estaban en capilla para ser al día siguiente fusilados; mas durante la noche, el pensamiento de esta horrible carnicería horrorizó su alma y acabó por desecharle. No quiso deshonrar la causa de la Independencia, cuya gloria le era tan querida; y al salir el sol, no sólo mandó suspender la ejecucion, sino que los puso en libertad. «No quiero,—dijo,—tenerlos á mi vista, porque temo que me falte la fuerza de alma necesaria para resistir el deseo de venganza.» ¡Honor eterno al héroe de la humanidad! Las victorias del general Bravo podrán ser olvidadas, pero siempre se recordarán sus hermosas palabras.

La segunda batalla de Palmar (18 de Octubre de 1813) es uno de los más brillantes hechos de armas de la guerra de la Independencia. En esta jornada fué donde el regimiento de Astúrias, compuesto enteramente de europeos, quedó destrozado por Matamoros al cabo de ocho horas de combate. Era este regimiento uno de los que se habian hallado en la batalla de Bailén, y acababa de llegar de España con el dictado de invencible, de vencedor de los vencedores de Austerlitz. Su derrota, considerada por los españoles como una gran calamidad, destruyó el prestigio que rodeaba á los soldados de la madre patria. Sin embargo, los insurgentes sacaron pocas ventajas de su victoria, que fué para ellos como la última sonrisa de la fortuna. El tiempo de los días de prueba se acercaba. La division de Matamoros se apresuró á reunirse en Oajaca con Morelos, que proyectaba una expedicion contra la provincia de Valladolid. Deseando Morelos dominarla por completo, para ponerse en relacion con los insurgentes del interior, convocó á todas las fuerzas de éstos para dar un golpe decisivo contra la capital.

VIII.

Con siete mil hombres y un tren de artillería bastante considerable, se presentó delante de Valladolid el 23 de Diciembre, despues de una marcha de cien leguas en

un país que aún no habia recorrido. A su encuentro salieron fuerzas considerables á las órdenes de Llano y de Itúrbide, coronel entónces, bien preparados para recibirlo. Confianza demasiado Morelos en sus anteriores triunfos, en vez de dar á sus fatigadas tropas el reposo necesario, se adelantó inmediatamente hácia la ciudad y fué rechazado por los realistas con no escasas pérdidas. En esta jornada perdió sus mejores regimientos y toda su artillería, y tuvo que retirarse á Puruaran, donde fué derrotado otra vez por Itúrbide, que no habia cesado de perseguirle. Los realistas triunfaron completamente; Matamoros, uno de los jefes más distinguidos de los insurgentes, fué hecho prisionero. En vano Morelos puso todo su conato en salvar la vida de su teniente, ofreciendo por su rescate algunos centenares de soldados y de oficiales del regimiento de Astúrias que habian sido hechos prisioneros en Palmar. Calleja, que habia reemplazado á Venegas en la alta dignidad de virey, no quiso oír ninguna proposicion; Matamoros fué fusilado, y en represalias lo fueron tambien todos los prisioneros que habian sido ofrecidos en rescate.

Aquí empieza la série de reveses que no acaban sino con la vida de Morelos. En este periodo de decadencia, se le ve no ménos valeroso ni ménos activo: lucha con energía contra la mala fortuna: opone todos los esfuerzos humanos á la ola de la adversidad; pero todo inútilmente. Es vencido en todos los combates; la ciudad de Oajaca vuelve á caer en poder de los realistas; cae prisionero D. Miguel Bravo, y muere sobre un cadalso en Puebla; más dichoso Galiana, perece en el campo de batalla. El Congreso de Chilpanzingo es arrojado de la ciudad y tiene que retirarse al bosque de Apatzingan, donde prosigue sus trabajos y sanciona el 22 de Octubre el primer acto constitucional. Esta Asamblea estuvo á punto de caer en manos de Itúrbide, que por una marcha atrevida á través de las montañas de Mechoacan, sorprendió á los diputados en el momento en que le creian muy distante. Para ponerlos al abrigo de otro golpe de mano, emprendió Morelos, con quinientos hombres solamente, su expedicion á Tehuacan, en la provincia de Puebla, donde queria instalarse el Congreso.

Teran habia reunido en esta provincia fuerzas considerables; Guerrero se encontraba tambien en ella, y Morelos escribió á estos dos jefes que fueran á su encuentro. Por desgracia, sus cartas fueron interceptadas, y sus tenientes no supieron la crítica posicion del general. Tambien la ignoraban los españoles, que le dejaron penetrar hasta Tetsmalaca. Se habria probablemente escapado si no hubiera sido vendido por los indios, que viéndole tan mal acompañado, dieron aviso al jefe realista D. Manuel Concha. Ajeno estaba Morelos de esperar esta perfidia; se creia libre de todo peligro y fuera de las líneas enemigas, cuando el 5 de Noviembre de 1815 se vió atacado de repente por dos divisiones realistas mucho más fuertes que la suya. Mas no se desalentó en tan gran peligro. Dió órden á Nicolás Bravo de continuar su marcha con la mayor parte del destacamento, y de velar por la seguridad del Congreso que escoltaba, mientras él á la cabeza de algunos hombres se esforzó en detener al enemigo. «Mi vida,—dijo,—es de poca importancia; gustoso la perderé con tal que se salve el Congreso. Mi mision ha concluido desde que hay un Gobierno independiente.»

IX.

Las órdenes del general fueron ejecutadas. Poniéndose á la cabeza de cincuenta hombres, algunos de los cuales le abandonaron en el calor de la accion, consiguió ganar algun tiempo. Los realistas no se atrevieron á acercarse en tanto que quedó un hombre á su lado; pero cuando le vieron solo en el campo de batalla, se arrojaron sobre él y le hicieron prisionero. En esta lucha encarnizada, hizo cuanto pudo por encontrar la muerte, buscándola ávidamente como un hombre disgustado de la vida por sus últimos reveses; como un patriota ansioso de acabar por un gran acto de adhesion, por una ruidosa muerte, digna del primer periodo de su gloriosa vida militar.

Los realistas trataron á Morelos con una brutalidad sin ejemplo. Cargado de cadenas le condujeron á Tetsmalaca, donde Concha le honró recibéndole con todo el respeto debido á un enemigo caido, prodigándole los cuidados y deferencias que se deben al infor-

tunio. Conducido inmediatamente á Méjico, tuvo que sufrir la ávida curiosidad de una multitud insolente, y los insultos que el populacho de todos los pueblos prodigaba á los enemigos vencidos. Ante tales ultrajes, Morelos permaneció impasible. En las calles, como en la prision, su sangre fria no le abandonó un instante; y si algo le afectaba, era la idea de sufrir la degradacion de las órdenes sagradas. Esta ceremonia humillante, lo fué doblemente para él, por la publicidad y el aparato que se le dió. Su proceso se encomendó al oidor Bataller, el más bárbaro de todos los miembros de la Audiencia, y se terminó rápidamente por una sentencia de muerte.

El 22 de Diciembre de 1815 fué Concha á sacar al condenado de las prisiones de la Inquisicion y le condujo al hospital de San Cristóbal, detrás de cuyos muros debia ser fusilado. Morelos almorzó en compañía del oficial, á quien abrazó tiernamente, dándole gracias por las consideraciones que le habia dispensado; despues se confesó, y marchó en seguida con paso firme al lugar del suplicio. La corta oracion que pronunció ántes de su muerte, merece ser referida por su noble sencillez: «Señor,—dijo,—si he obrado bien, tú lo sabes, y me recompensarás por ello; si he obrado mal, encomiendo mi alma á tu misericordia infinita.» Despues de este llamamiento al Juez Supremo, se vendó los ojos, dió la voz de fuego, y recibió la muerte con aquel semblante sereno é impasible que escitaba la admiracion en los campos de batalla.

Con la vida de Morelos terminó el más brillante período de la revolucion. Sólo él poseia bastante influencia para dominar las pretensiones de los jefes secundarios, para reunir sus esfuerzos en un objeto comun, para hacerles concurrir á un mismo plan, para conciliar finalmente sus intereses contrapuestos y sus ambiciones rivales. Con su muerte quedó roto el lazo que unia á las fracciones del gran partido de la Independencia: no hubo ya unidad de accion, y todo volvió á caer en una confusion lamentable. Aislándose cada provincia de las inmediatas, todas pretendian tener derechos separados; y bien pronto faltando direccion, plan y disciplina, la causa de los independientes, aunque defendida en ciertos puntos por jefes de reconocido ta-

lento militar, fué cayendo gradualmente en una situacion desesperada.

CAPÍTULO III.

TERCER PERÍODO DE LA REVOLUCION.

ITÚRBIDE.

Sucesos posteriores á la muerte de Morelos; es disuelto el Congreso; los jefes Insurgentes se acogen al indulto del virey.—El general Victoria.—Tentativa desgraciada del coronel Mina; es preso y fusilado.—Situacion de Méjico en 1819 y 1820.—El coronel Itúrbide; es designado por el virey Apodaca para un mando importante; concibe el proyecto de hacer á Méjico independiente.—El plan de Iguala.—Triunfo de los independientes.—Reunion del Congreso mejicano; su lucha con Itúrbide.—Proclamacion del imperio.—Caída de Itúrbide.

I.

Seis semanas habian trascurrido entre la prision de Morelos y su condena, y durante ese tiempo, el Congreso habia logrado refugiarse en Tehuacan, donde pudo reanudar sus interrumpidos trabajos. Su primer acto fué dirijir al virey una nota, á la vez suplicante y amenazadora, en favor del desgraciado general prisionero; nota inspirada por la gratitud, pero gratitud impotente. El Congreso se quejaba en ella con nobleza de que el Gobierno español hubiera intentado dar á las naciones civilizadas una idea desfavorable de la revolucion; y descendiendo en seguida hasta la súplica, rogaba á Calleja, en nombre de la humanidad, que respetara los dias del generalísimo y adoptara otra conducta más benévola para con los insurrectos. «Pensad,—decia,—que sesenta mil españoles responden de la vida de Morelos, cara á todos los americanos, y cuya suerte interesa hasta á los que no son más que simples espectadores de nuestros combates.»

El Congreso, que apreciaba bastante mal su posicion con respecto al Gobierno español, no la comprendió mejor en lo concerniente á su propio partido. Creado por el generalísimo como un poderoso instrumento de revolucion, como la expresion de la soberanía popular, se hacia ilusiones sobre su origen y sobre el poder real. Su influencia no era directa sobre su país, sino que estaba toda entera en manos de los jefes militares, que

nunca le manifestaron gran consideracion, y que al fin acabaron por disolverlo. Un golpe de Estado vino á sorprender á los diputados cuando ménos lo esperaban: Teran pronunció la disolucion del Congreso el 15 de Diciembre de 1815. Funestos resultados produjo este golpe de Estado en las circunstancias criticas en que se encontraba la insurreccion: varias derrotas lo habian precedido; se generalizó el desórden, y desde este momento todo fué confusion entre los jefes independientes, que obrando cada uno por cuenta propia, se dejaron sucesivamente aniquilar por el enemigo comun, muy superior en fuerzas.

Llegaron de la Península tropas de refresco, con las cuales pudo el virey tomar la ofensiva en todas partes, establecer un plan general de comunicaciones regulares á través del país, y hacer reconocer la autoridad real aún en los puntos más distantes de la capital. Aquí es donde empieza una série de escaramuzas sin gloria y sin resultado, funesto período de anarquía, de robos, de asesinatos, de calamidades de toda especie. Ya no fueron respetados los jefes revolucionarios más dignos y valerosos: su firmeza en el mando se calificó de despotismo, se les acusó de traidores, y se vieron al fin arrollados por los hombres más innobles. El virey Apodaca, sucesor de Calleja, supo aprovechar esta ocasion tan oportuna, y les ofreció una amnistía plena y completa. Confiando en promesas que les fueron lealmente cumplidas, la mayor parte se resignaron al reposo, con lo cual fué disminuyendo de tal modo el número de los insurrectos, que al empezar el año 1817 quedaban ya muy pocos hombres armados bajo las banderas de la revolucion.

Teran obtuvo una capitulacion honrosa en el Cerro Colorado, y se retiró á Puebla, donde vivió pacíficamente hasta la revolucion. Su colega Rayon, uno de los primeros sublevados, se vió completamente abandonado por los suyos despues de la capitulacion de Cerro de Coporo, y tuvo que aceptar las condiciones que se le ofrecieron, retirándose á la capital, donde vivió hasta la revolucion de 1821, que lo elevó al grado de general. Abrumado Bravo por el número, aceptó tambien la amnistía; volvió á aparecer en la escena

política en tiempo de Itúrbide, contribuyó á la elevacion y caída del emperador, y representó despues un papel importante en la República. Más tenaz el general Victoria, sostuvo por espacio de dos años una lucha desigual; pero en 1816 se vió abandonado por los suyos, delatado por los indios, y prefirió buscar un asilo en los bosques ántes que aceptar el indulto. Su existencia vagabunda hubiera sido tolerable sin los temores pueriles del virey, que creyó comprometida la causa de España en tanto que Victoria existiera sobre la tierra. Literalmente hablando, se trató de cazarle como á un animal salvaje; mil hombres, divididos en pequeños destacamentos, le persiguieron en todas direcciones; seis meses enteros duró esta batida, hasta que los perseguidores se cansaron, y los jefes dieron parte al virey de su supuesta muerte; pero los males de Victoria no cesaron con la persecucion. Estenuado por las fatigas, por las privaciones de todo género, con el vestido hecho girones, con el cuerpo destrozado por los arbustos espinosos de los trópicos, continuó habitando en lo más denso de los bosques, y vivió así treinta meses sin comer pan, sin ver una sola criatura humana.

II.

Tocaba ya á su término la revolucion de Nueva España, cuando un suceso inesperado volvió á encender sus mal apagadas cenizas. El coronel Francisco Javier Mina, sobrino del famoso general Espoz y Mina, se hallaba con su tío emigrado en Lóndres, donde concibió el proyecto de formar una espedicion á Méjico. Algunos comerciantes ingleses que deseaban fomentar la guerra de la Independencia, ya fuese por miras liberales, ya por fines interesados, le proporcionaron un buque, armas y dinero; se hizo á la vela por los Estados Unidos; alistó allí bajo sus banderas varios oficiales que habian servido en los ejércitos franceses é ingleses, y una porcion de aventureros de los que nunca faltan en aquel país. Concluidos sus preparativos, despachó toda su gente el 28 de Agosto de 1816, que ascendia á doscientos aventureros, bajo la direccion de un coronel alemán, y él con todo su estado mayor dió la vela de